

y [que] no consiste en una dimensión particular de la vida del que lo es, sino en su vida misma, por lo que todo en él está marcado por esta condición fundamental».

En resumen, no estamos ante un centón de textos misceláneos, como tantas veces ocurre en los *festschrift*, sino ante una introducción a su pensamiento a través de los temas que ha cultivado.

M. ANAUT

ULLATE FABO, José Antonio, *Guía católica para el Camino de Santiago*, Gaudete, Larraya (Navarra), 2011.

La esencia del Camino de Santiago consiste en la integración personal con una energía cósmica que conecta con esta tierra, de un modo singularísimo, en ciertos puntos del Camino en cuestión. El mejor modo de nutrirse de tal energía es buscar, en la multitud de iglesias que adornan el recorrido, la clave de una bóveda de crucería. Situados, con la mayor exactitud posible, bajo el punto de intersección de los nervios de la bóveda —que operan como transmisores y receptores energéticos—, y llevado nuestro espíritu al estado de meditación mística y trascendental, recibiremos una carga —o descarga, dependiendo de la perspectiva— de «leche cósmica»...

Esto es, al menos, lo que pensaba un simpático andaluz con el que el autor de la obra en comento coincidió la primera vez que hizo el Camino. Y testimonios muy semejantes dan todos los que han emprendido esta peregrinación con algún sentido católico de la misma: en él es posible encontrar pseudo-místicos en busca de la energía cósmica; deportistas haciendo «trekking» o ciclismo de ruta; jóvenes, y no tanto, en busca de aventuras; turistas de la más diversa especie y procedencia (hasta orientales —según me cuenta otro testigo— que van por el Camino con el mismo espíritu con el que se fotografían en la Fontana di Trevi, y con la misma celeridad —al menos interior— con que pasan frente a las obras del Bosco, en el Museo del Prado); y podríamos añadir un largo etcétera. Pero lo que es muy difícil de encontrar, y cada día

más difícil, son «peregrinos». En el sentido propio de la palabra. Ese según el cual la peregrinación es, a la vez, oración singularísima y acto penitencial. Medio privilegiado para el perfeccionamiento de la vida de la gracia, y especialmente privilegiado si se trata de una peregrinación que ha sido enriquecida por la tradición milenaria de la Iglesia, que la ha tenido en especial consideración y estima. Este es el caso del Camino de Santiago. Y razón que hace aún más lamentable el extravío de su profunda significación católica, y que describe la urgente necesidad de un libro como el que reseñamos.

José Antonio Ullate Fabo es periodista y licenciado en Derecho. Ha publicado —con anterioridad al presente— tres libros (*La verdad sobre el código Da Vinci*, *El secreto masónico desvelado* y *Españoles que no pudieron serlo. La verdadera historia de la independencia de América*) e innumerables artículos científicos y de divulgación. Ha llevado adelante dos proyectos editoriales, «Gaudete» y «Peripecia», que han dado a luz excelentes obras del pensamiento católico (alguna de ellas emparentada con la que reseñamos: *El camino de Roma* —editada por «Gaudete»— es la narración, en primera persona, de la peregrinación que Hillaire Belloc hizo a Roma desde el norte de Francia; ejemplo magnífico del sentido católico del peregrinar). Es el promotor, en fin, de la librería virtual www.lalibreriacatolica.com, apostolado al servicio de la difusión de la literatura católica.

En la *Guía católica para el Camino de Santiago*, este prolífico autor da un giro respecto de lo que había sido su producción previa. No estamos ya frente un gran ensayo, como es el caso de sus tres libros anteriores, sino ante una obra de muy diversas características y pretensiones. Como lo indica su nombre —y lo adelantan los párrafos introductorios de esta reseña—, esta *Guía católica para el Camino de Santiago* es eso: una guía; pero no cualquier guía, sino una guía *católica*; y que sirve (¡oh, sorpresa!) *para el Camino de Santiago*. Lo que estas tres cosas significan, por separado y en conjunto, nos darán una idea de lo que esta obra pretende:

Guía. Aunque el diccionario de la RAE trae hasta 27 acepciones de la palabra guía, las cuatro primeras son las que nos permiten entender la función de una obra que se presenta como guía para caminantes. La

primera de aquellas acepciones es la más general y obvia: una guía es «*aquello que dirige o encamina*». Pero hace falta saber de qué modo dirige o encamina, para saber qué tipo de guía es. En la búsqueda de esta precisión, si vamos con algo de apuro, nos inclinaríamos por la tercera acepción que sita la RAE: «*lista impresa de datos o noticias referentes a determinada materia*», sobre todo al notar que la propia RAE pone de ejemplo la *guía de viajeros*. Y, de hecho, casi todas las guías del Camino de Santiago que han visto la luz responden a esta acepción: son un conjunto de datos prácticos que facilitarán al caminante la elección de su ruta y la solución logística del alojamiento y la comida, le indicarán paisajes que no debe dejar de ver y le señalarán la antigüedad de las iglesias que visite. Guías útiles que cualquier caminante precavido llevará consigo, pero que mantendrían una estructura idéntica si se tratasen de guías para recorrer la ruta del vino de La Rioja, o la gran muralla china y su entorno. Es decir, son guías en un sentido puramente físico, exterior, corporal o como se le quiera llamar. La guía que presentamos es algo distinto. Cuando, hace algunos días, la regalamos a un sacerdote amigo —afecto al Camino de Santiago—, le dio una rapidísima ojeada —de esas en que la vista ni siquiera alcanza a reposar sobre los títulos—, levantó la mirada y dijo «no trae ningún mapa, debe ser buena...». Si no fuera porque el nombre resulta demasiado pomposo, diríamos que es una guía espiritual, y la encasillaríamos en la tercera acepción de la RAE: «*tratado en que se dan preceptos para encaminar o dirigir en cosas, ya espirituales o abstractas, ya puramente mecánicas*». Aunque, desde luego, no tiene la pretensión de ser un tratado, ni de dirigir la vida del alma. Es una guía espiritual, sí, pero de una obra cristiana muy singular y sencilla, como es la de emprender el Camino de Santiago. En otras palabras, es una guía que presupone que el Camino de Santiago no es sólo una ruta que atraviesa montañas, valles, ciudades y pueblos sino que, además, está inseparablemente unido a una disposición interior, según la cual «*el peregrino debe tener clara la imbricada naturaleza del Camino, comprender y gozar de sus delicias naturales y someterlas, según su misma estructura interna, según la lógica del camino, al fin espiritual y cristiano de la peregrinación*» (pp. 14-15). Disposición especialmente difícil en unos tiempos en que el Camino se ha transformado en la síntesis de todas las confusiones, eso-

terismos y sincretismos religiosos imaginables: «*una gran mayoría* (de los caminantes) *declara motivos 'espirituales', algo que en el Camino actual se ha convertido casi en un lugar común para significar una búsqueda vital al margen de la religión*» (p. 20). Por ello, quizá, la acepción de la RAE que mejor describe a esta guía, por vía metafórica, sea la segunda: «*poste o pilar grande de cantería que se coloca de trecho en trecho, a los lados de un camino de montaña, para señalar su dirección, especialmente cuando hay nieve acumulada*». Una guía, según este último sentido, es aquello que indica el camino cuando éste no se ve, cuando ha sido ocultado, y cuando sus vericuetos nos pueden despistar fácilmente y hacernos caer por el acantilado.

Católica. Aquella última acepción conecta inmediatamente con el adjetivo de esta guía: es una guía católica. Es que, como el propio autor advierte: «*tendemos a reflexionar sobre algo cuando lo vemos amenazado, o cuando ya lo hemos perdido*» (p. 47). Una *guía católica* del Camino de Santiago sería, paradójicamente, del todo innecesaria si el Camino, y la sociedad toda entera, conservaran, sin confusiones ni mezcolanzas, su catolicidad. Hace falta una guía de esta naturaleza cuando el Camino está oculto; cuando la nieve no deja ver sus límites y amenaza con arrojarnos al vacío; cuando, incluso lo que iniciamos con *buena voluntad católica*, corre el riesgo de perderse en la maraña de motivaciones equívocas, de tentaciones sensibles y espirituales, de falsificaciones sutiles o gruesas que están al acecho para dar un mordisco a esa primera buena voluntad. Para resguardarse de estos peligros, el peregrino católico actual requiere que se lo *dirija o encamine* hacia el sentido más profundo y sobrenatural del Camino. Que se le diga qué es y cómo se hace una peregrinación y, específicamente, qué es y cómo se hace esta peregrinación. Que se le ayude a poner la vista en el fin —que en una peregrinación, sin perder unidad, es siempre doble: la meta del camino (que es corporal y espiritual) y el Cielo— y a aprovechar los medios que se le ofrecen para alcanzar tal fin: «*la clave interpretativa de todo lo que 'se hace' en el Camino es si está ordenado o no, generado o no, por la finalidad sobrenatural de la ruta, por la santidad objetiva del Camino*» (pp. 188-189). Sólo si es así encaminado podrá gozar de la multitud de bienes con que Dios regala a quien emprende una piadosa acción de esta naturaleza. La estructura

de esta guía (de la que hablaremos en el punto siguiente) está, toda ella, orientada a dirigir y encaminar al peregrino de Santiago para que, huyendo de los peligros que le acechan en el Camino, entienda la profunda imbricación del orden natural y el sobrenatural en la acción que emprende, y así pueda aprovechar de todos sus frutos. Una rápida revisión de sus capítulos da prueba de ello: tras una primera parte dedicada —especialmente, aunque no exclusivamente— a alertar sobre los peligros y falsificaciones que desnaturalizan el sentido católico del Camino, ya a partir del capítulo IX —titulado «Santidad de la peregrinación»— encontramos un énfasis mucho mayor en las riquezas que esconde la esencia sobrenatural de la peregrinación jacobea, con sendos capítulos dedicados a la oración del peregrino, a la Virgen santísima como acompañante y guía del caminante, a la devoción a Santiago o a los rituales del Camino.

Para el Camino de Santiago. Los libros que quieren guiarnos en nuestro camino puede que no sean, exactamente, *para el camino*. Tengo ante mis ojos, al escribir esta reseña, una obra titulada «Los Caminos de Santiago»... en catorce tomos de grandes dimensiones y no poco peso. La *Guía católica para el Camino de Santiago*, en cambio, ha sido concebida, precisamente, *para el Camino*. En un formato de bolsillo (y auténticamente de bolsillo, no como las ediciones *de bolsillo* de algunas editoriales, que como no estén pensadas para los bolsillos de un gigante...), está, además, estructurada de un modo que facilita su lectura en las jornadas del caminante: dieciséis brevísimos capítulos que van proponiendo al peregrino, en una reflexión sencilla y directa, la consideración de las cuestiones más fundamentales que harán de su camino una realización singular de *el Camino*. Cada capítulo, además, va acompañado de una sección titulada «Ultreya» —saludo que intercambiaban los peregrinos jacobeos, que significa «más allá» y que era una expresión de ánimo, físico y espiritual: «¡vamos, que más allá está Santiago!»— con la que se complementa el contenido del capítulo en cuestión con textos —la mayoría, no todos, narraciones de hechos vinculados al Camino de Santiago— y que, quizá de aquí la razón del nombre, son verdaderos estimulantes para el peregrino, que descubre edificantes y atractivos ejemplos a seguir, advertencias concretas de los peligros que le esperan, o graciosas anécdotas —o no tan graciosas, como la de los falsos peregrinos (pp. 123-129)— que ilus-

tran la auténtica naturaleza del Camino. Estos «*ultreyas*» se constituyen, así, en una suerte de diálogo espiritual del peregrino de hoy con aquellos que le antecedieron en el tiempo, que le saludan y animan a seguir tras sus huellas. El carácter práctico de esta guía se completa por sus apéndices, que incluyen oraciones, indulgencias y otras informaciones espirituales relevantes para el peregrino. Finalmente, es necesario poner un pequeño acento en el hecho, por lo demás evidente, de que se trata de una guía *para el camino*, pero no para cualquier camino, sino para el Camino de Santiago. Advierte, el autor, que «*existen aspectos comunes a todas las peregrinaciones, igual que hay aspectos privativos de cada una. Lo específico, lo único de cada sacra andadura, trae su origen principalmente por la persona del intercesor cuya tumba o cuya reliquia se va a visitar; pero también de aspectos accidentales, culturales, que se van cuajando como derivados de ese culto y se convierten en cultura. El camino de Santiago es medularmente jacobeo, es santiaguista, y eso significa que quien va a visitar a Santiago no puede pasar por alto la persona misma del Hijo del Trueno, Boanerges, que está presente en cada paso del Camino, ni tampoco los detalles que lo rodean*» (p. 165). Consecuentemente, y aunque puede ser útil para cualquier peregrinación, el libro que reseñamos denota permanentemente este carácter singular de la peregrinación jacobea. Gira sobre lo que es específico de esta peregrinación y ordena las cosas para que el caminante pueda llegar adecuadamente a Santiago de Compostela, y no sólo con los pies...

FELIPE WIDOW LIRA

HERNANDO DE LARRAMENDI, Luis, *Cristiandad, tradición, realeza*, Fundación Ignacio Larramendi, Madrid, 2011.

Luis Hernando de Larramendi (1882-1957) fue una de las grandes personalidades del Carlismo en la primera mitad del siglo XX. Abogado y orador ilustre tiene en su haber la redacción del borrador del Decreto en que el Rey Don Alfonso Carlos instituyó en 1936 la Regencia en la persona del Príncipe Don Javier de Borbón Parma, que en 1953 —de